

for que me causaron pues ya me hacen di-
 choso.
 Los pocos dias que me la diesta de b...
 en su union y acaso sabreis con gusto que
 suenio a D. Alonzo lo que yo le habia
 prohibido. Hacia en ella tanta dilacion
 tanto tiempo por aguardar que presto el
 vido a la senorita de B... y cada dia como
 mas afecto a su hermosa esposa. Sin im-
 posible ocultar la felicidad en que esta in-
 curio; pero su caridad y sus otras virtudes
 han hecho que nadie la ignorase.
 Cello el buen cura y se lo dirigi to
 elogios que tanto merecia y de que en su
 sencillos ejemplos estaba lejos de repetir
 se digno. Habria concurrido en donde
 cia; porque tenia tanta rebido a un mo-
 rimento de orgullo comendandome en
 firme episodio de su vida pastoral. Pero
 todos maestros de tribuna sin duda en
 administracion y virtud la habia que proe-
 de est. no es un angel en la tierra.



Ricardo y Laura.

NOVELA MEXICANA.

En una de las calles del Reloj de la ciudad de México, vivía por los años de 1818, una excelente madre de familia, ocupada exclusivamente de la educación de sus dos jóvenes hijas y de un varón que á pesar de no haber cumplido todavía veinte y cuatro años, daba las más lisonjeras esperanzas, tanto por su apreciable genio, como por su ilustración no común. Apenas acababa de recibirse de abogado, cuando sus maestros mismos y aun sus compañeros le encargaban las causas más difíciles, viendo los felices triunfos que adquiría con frecuencia en los tribunales; pero su respeto y amor filial excedían todavía á sus demás bellas cualidades. Cuando doña Isabel lo fe-

licitaba por el buen éxito que había logrado en alguna causa,—“A vd. lo debo todo, le contestaba, sin la educación doméstica que formó mi corazón y mi alma, y sin los sacrificios que ha erogado en mi ilustración literaria, mis conocimientos jamás habrían pasado de superficiales y de muy vulgar mi carrera.”

Doña Isabel vertía dulces lágrimas al escuchar á su hijo querido. Viuda hacía largo tiempo aunque en edad temprana, había consagrado su juventud á la dulce tarea de perfeccionar su propia educación á la vez que de trasmitirla á sus hijos. Un corto montepío, que le había dejado al teniente coronel su marido, no podía proporcionarle lo bastante para los gastos que exigía en aquel tiempo en México una esmerada enseñanza; pero trabajaba día y noche con asídúo empeño en hacer curiosos bordados y bien imitadas flores artificiales, con cuyo auxilio podía pagar los maestros de música, dibujo y pintura, únicos artes cuyo estudio entraba en la instrucción secundaria más esmerada de las niñas de aquella época. Lucía, la mayor de sus hijas, comenzaba á pintar ya, copiando del natural, y Guadalupe, la segunda, poesía regularmente el solfeo y ejecutaba con facilidad en el piano. La reciente posición de Ricardo proporcionaba todos los días nuevas comodidades domésticas á toda la familia. Criado en la severa escuela de la adversidad,

su carácter estaba muy distante de aquella frívola ligereza tan natural á los jóvenes, de aquel orgullo tan común á los favorecidos de la fortuna y de aquella pedantería tan general á los que se educaban entonces en nuestros colegios. Era grave, serio y reflexivo, y carecía sobre todo de aquella apatía y de aquel apego á los placeres y á la ociosidad tan generalizada por desgracia en nuestro país; pero esa gravedad prematura, si se quiere, en sus cortos años, nada influía en la dulzura de su genio, ni en la urbanidad de sus modales: su figura era interesante, sus ojos negros y llenos de espíritu, su nariz á la griega y su boca tan pequeña como agraciada. El sombrío tinte de melancolía tan bien pronunciada sobre todos sus rasgos, daba un nuevo realce á su agradable fisonomía: sus cualidades morales correspondían perfectamente á la belleza de su físico; era dulce, sensible y generoso: poseía una elocuencia seductora; usaba con facilidad el arte de tocar y de mover los corazones de un modo maravilloso...; sin embargo, Ricardo no era feliz: alimentaba en su pecho una pena secreta, que era un misterio para todos, aun para su tierna madre.

Amaba hacía dos años, y el objeto de su afecto el más íntimo, no podía pertenecerle... era demasiado rica, y sus padres exigían de su futuro yerno mayor ó igual for-

tuna á la que debía disfrutar la única heredera de dos hermanos ricos capitalistas.

Ricardo había conocido á Laura y un pariente de esta joven había fomentado sus tiernos sentimientos tanto en su parienta como en Ricardo.

Joven, viva, inconsiderada, la madre de Laura no podía fijar largo tiempo sus pensamientos sobre cosas tristes y penosas, y así siempre presagiaba á los jóvenes amantes un dulce porvenir, que aseguraba á cada uno de ellos en sus conversaciones particulares; porque jamás Ricardo y Laura le habían hablado de su amor, sin embargo la madre había arreglado el matrimonio en su cabeza y fomentaba los esfuerzos de la mutua ternura de los amantes. ¡Cruel ligereza que destruyó la paz de su vida! Así pasaron dos años. Ricardo era demasiado prudente para quejarse, y Laura rehusaba con frecuencia las solicitudes de los que aspiraban á su mano. Estas dos víctimas del amor sufrían en silencio el peso todo de los obstáculos que las separaban. La madre de Laura afligida por la desgracia de aquellas dos personas, á quienes tanto amaba y cuya felicidad deseaba con ahinco, no podía sin embargo adelantar un paso en los proyectos que emprendía para realizar su unión, mientras que su esposo y los demás parientes sostenían irrevocable su resolución de no casar á Laura sino con un hombre tanto ó más rico que ella.

Ricardo, poseedor únicamente de su talento y de mil ó dos mil pesos, no se podía atrever á declararse, su repulsa no sólo era segura, sino que había sido recibida con el mayor desdén, con el más alto menosprecio. No perteneciendo á una familia distinguida y de un nombre poco conocido, carecía también de aquel barniz, con que suele cubrirse la pobreza ya bajo el velo de un alto nacimiento, ó ya con la capa de títulos pomposos, que aunque vacíos de mérito, solían ejercer demasiada influencia en aquella época.

Lo único que poseía Ricardo era una alma grande, talentos reconocidos y distinguidos, un excelente carácter y las más preciosas cualidades del corazón; pero todas estas ventajas nada pesan en el platillo de una balanza, cuando se encuentra el oro en el otro. Un comerciante acaudalado ó un propietario de ricas posesiones, es lo único que llenaría la ambición de los parientes de Laura: todo lo demás era á sus ojos quimera y locura, y á cualquiera indicación irreflexiva, la joven se veía expuesta á los sarcasmos más duros.

Ricardo estudiaba sus menores acciones, para impedir que nadie sospechase su doloroso secreto; pero la vida había perdido para él todos sus encantos.

Laura le convenía bajo todos aspectos. El lujo y la opulencia no la habían enorgullecido, permanecía modesta, sensible y ge-

nerosa; su corazón accesible á la piedad buscaba á los desgraciados, y los socorría no sólo con su bolsillo, sino con su asistencia y sus consejos. Dotada de una figura encantadora, no era vana, ni frívola, ni presumida; toda ella era, en fin, digna de Ricardo.

El tiempo trascurría lentamente, aunque con el triste aspecto de la mar en calma; pero doña Isabel no pudiendo ya disimular el sentimiento que le causaba la distracción y la extremada tristeza de su hijo, le instó una vez con la mayor viveza para que le confesase las causas de un abatimiento tan notable, le hizo presente su feliz situación actual y las fundadas esperanzas de un porvenir más próspero.

Ricardo, conmovido, no sabe qué responder: suspira y calla: un peso cruel oprime su respiración....

Inquieta cada vez más, doña Isabel insiste con más fuerza; pero todo es en vano y tristemente se resuelve á tomar el partido de callar, aunque con el dolor de ignorar el motivo que así podía turbar la paz interior de Ricardo. Este, no pudiendo sostener por más tiempo su serenidad aparente, absorto más que nunca en sus penosas meditaciones; sus ojos no podían ya ocultar la tristeza de su alma y casi habían perdido toda su vivacidad.

Alarmada doña Isabel y no pudiendo resistir á su dolor, resolvió ir á consultar á

una parienta que vivía en Guadalajara, quien la amaba tanto á ella como á sus hijos; pero con quien, por la falta de comunicaciones producida por la interceptación de los caminos á causa de la insurrección, había algún tiempo interrumpido sus relaciones, y de quien acababa de recibir una carta en que le participaba había muerto su marido.

Tal motivo disculpaba su resolución para emprender de pronto su marcha. No bien se presenta á su prima, pálida, abatida, y enteramente despojada de aquel apreciable personal que había conservado tan bien hasta el año anterior. Admirada la viuda de una transformación tan repentina.—¿Qué tienes, le dice, mi cara prima, qué emoción tan dolorosa ha podido así variar tus hermosas facciones? ¿Están acaso enfermos tus hijos? ¿Les ha acaecido alguna desgracia?

Doña Isabel en vano se esforzaba para ocultar sus lágrimas, oprimida por ellas, le fué necesario pasase algún tiempo antes de poder referir á su prima la causa de su tristeza motivada por la gran melancolía de Ricardo, á quien nada era capaz de distraer, la variación de su carácter y lo inconcebible de sus penas.

Vivamente alarmada la joven viuda, hizo los esfuerzos más expresivos para calmarla, y con las palabras más dulces y más tiernas la ofreció que vería á Ricardo y que

infaliblemente le arrancaría su penoso secreto.—“Veinticuatro años, agregó poniéndose la mano en la frente, una hermosa figura, un mérito reconocido.... El amor sin duda es el misterio que os oculta tan cuidadosamente.”

Justamente conmovida doña Isabel al observar un interés tan sincero como tiernamente expresado en favor de su hijo, veía en su prima un ángel de consuelo dotado de una magia tan expresiva, que cual las sombras nocturnas á los primeros rayos de la aurora, disipaba la obscura sombra de sus negros tormentos. Insensiblemente, á la serenidad sucedió la confianza en las promesas de Quirina, y la esperanza más halagüeña ocupó el lugar en su pecho que destrozaba hacía poco la horrible desesperación.

El desinterés con que doña Isabel se había conducido siempre para con su prima, no obstante la enorme diferencia de sus respectivas fortunas, era un nuevo motivo que estimulaba á Quirina para manifestar á su parienta más cercana la generosidad con que estaba resuelta á emplear en su favor los recursos todos de que podía disponer en su nueva posición social, y en consecuencia, dispuso con la mayor celeridad acompañar á México á doña Isabel, aprovechando tan bella oportunidad para arreglar ciertos asuntos de la testamentaria que tenía pendientes.

Llegan á la ciudad muy pronto, y después de las dulces emociones que excita en doña Isabel el tierno reconocimiento de sus hijas, de quienes se había separado por la primera vez en su vida, pregunta por Ricardo, quien no se hallaba en casa, pero que llega á pocos momentos, y un torrente de lágrimas da á conocer á su amable madre que á pesar de toda la fuerza que ejerce por disimular su triste situación, Ricardo ha llegado al estado en que nada puede calmar la viveza de su arraigada melancolía.

Laura, aconsejada de su madre, le había escrito una carta tan tierna como triste, dándole la nueva más fatal. No pudiendo resistir á los deseos de su familia, se veía precisada á casarse muy pronto: sin un motivo tan grande, jamás se habría resuelto á escribirle; pero deseosa de endulzar un golpe tan terrible, había cedido á los impulsos de su corazón y obedeciendo á sus inspiraciones.—“Tú has adivinado mi corazón, Ricardo, le decía, y has comprendido el secreto de mi amor; sin embargo, debemos separarnos. Un destino cruel se burla de nuestra ternura y nos condena á la suerte más penosa y amarga. Al darte mi último adiós, yo dejo correr mi pluma á la voluntad de mis pensamientos. He resistido hasta donde me fué posible, me he resistido dos años; pero mi padre se muestra tan irritado, que debo obedecerle sin remedio. ¡Ay! jamás podremos unirnos.

Los despreciables bienes de fortuna nos separan, y en medio del horror que ellos me inspiran, porque su posesión es la causa de mi desgracia, ¿lo creerías? desearía ser verdaderamente rica, es decir, poseer libremente un caudal inmenso, para que, disponiendo de él en tu favor, cesase de una vez esa diferencia que impide nuestra unión. Yo me he arrojado á los piés de mi padre y olvidando mi timidez, le he confesado nuestro amor, pero todo en vano. Mi tierna madre ha recibido, al par que su hija, los más fuertes reproches, las reconvenciones más amargas, las expresiones más duras. La paz de su vida sería destruida sin remedio, si yo no cediese. Yo estaba resuelta á sufrir hasta lo imposible por conservarme libre; pero mi madre, Ricardo, querido Ricardo, ¿debía yo sacrificarla?... No puedo concluir ya.... Las fuerzas me faltan.... concédeme una gracia.... una gracia sola. No intentes volver á verme.... Muy pronto nudos insolubles nos separarán para siempre.... Debemos respetarlos y humillarnos á los decretos de la Providencia. Ricardo no se atreverá á duplicar mis tormentos. ¿Es verdad?"

Esta carta estaba toda manchada de lágrimas. ¡Cuánto habrá sufrido Laura al escribirla!

Ricardo había experimentado al leerla, un trastorno general.—¡Todo se ha perdido! exclamó en el momento que pudo arti-

cular una palabra. Un muro de bronce va á levantarse entre nosotros.

Hasta entonces había sufrido inquietudes demasiado vivas; los obstáculos que le separaban de Laura le parecían difíciles de vencer; pero en medio de su pena y sus angustias, todavía le sostenía un esperanza fugitiva. Su imaginación viva y ardiente no dejaba de pintarle alguna vez un porvenir halagüeño; mas desvanecidas estas lisonjeras esperanzas tan absolutamente, su alma había recibido un golpe decisivo.

Ricardo se había puesto á la mesa por no alarmar á su madre; pero le era imposible tomar ningún alimento. Vanas eran las instancias de ésta y de sus hermanas para que tomase de algún plato, que ellas mismas habían condimentado. Su posición era tan violenta, que no pudo sostenerla por más tiempo; se levanta de la mesa y sale con violencia del comedor. Su madre se apresura para seguirle, pero se lo impide una insinuación de la súplica más expresiva que le dirige de rodillas.

Ricardo necesitaba de la soledad, huye al jardín, y en medio de las más amargas reflexiones, se entrega á toda la agonía que sufre su corazón, y la firmeza de su alma le abandona enteramente.

Su madre, no pudiendo soportar una ausencia tan prolongada, después de mil pesquisas, lo encuentra en el lugar de su retiro absorto en su único y continuo pensa-